

Domingo III de Cuaresma – Mis mercaderes

A primera vista el Evangelio de hoy nos presenta a un Jesús fuera de lo común, un Jesús que se enoja y reacciona con violencia hacia las pertenencias de algunas personas. No es el Jesús al que estamos acostumbrados que sólo tiene actitudes y palabras misericordiosas, que acoge a todos, que recibe a pecadores de todo tipo, que libera a los endemoniados.

Pero si prestamos atención y miramos en profundidad la escena como si nos encontrásemos presente en ella, podemos ver que no hay ninguna diferencia en las actitudes de Jesús, que él es el mismo, que no hay ningún doble discurso de su parte.

Este Jesús que con enojo saca del templo animales y mercaderes y deja un desparramo de monedas y muebles por todo el lugar, es el mismo que libera endemoniados..., ¿o acaso pensamos que los demonios se iban de buena gana?

El templo al que se refiere el Evangelio es también imagen del templo de nuestra más íntima intimidad, como diría San Agustín, ese lugar en lo profundo de nuestro ser, donde se hace presente nuestro Padre Dios y puedo encontrarme con Él. Es por ese “lugar” que el salmista dice *“El celo por tu casa me devora”*.

Ese espacio tan íntimo en el que solo yo y Dios podemos estar, es el gran “campo de batalla” entre las fuerzas celestiales y el demonio. Ese templo dentro nuestro es el que Jesús reconstruye con su muerte y resurrección.

Así de valiosos somos para nuestro Padre.

Entonces, ahora, nos cabe preguntarnos ¿qué mercaderes he dejado instalar en mí? ¿qué cosas compro y vendo de mi Fe? ¿qué monedas de cambio utilizo para suplir la Paz y el Amor que sólo Dios puede darme?

A medida que las vaya identificando y si me acerco con humildad a Jesús, Él, tal como leemos que hizo con todas las personas que cura en los Evangelios, vendrá hasta el templo de mi corazón y comenzará a echar a latigazos a esos mercaderes que entorpecen mi encuentro con Dios.

Fernando Ianchina

Equipo Nacional

Red Mundial de Oración del Papa

Argentina - Uruguay